

una vez publicada la edición norteamericana, a razón de siete y medio por ciento por los primeros cinco mil ejemplares vendidos en los Estados Unidos; diez por ciento por los dos mil quinientos siguientes, y quince por ciento por los ejemplares que se vendan subsiguientemente.

Hemos dado en esta breve reseña sólo algunas de las bases, las más inmediatas y necesarias para los autores.

Un libro sobre O'Higgins

El escritor Enrique Campos Menéndez que publicó hace poco un interesante volumen compuesto de relatos de la Tierra del Fuego, titulado *Kupen* y que la crítica americana recibió con elogios, ha dado a la estampa un libro sobre *O'Higgins* que el autor dedica a los niños de Punta Arenas. En verdad, Campos Menéndez se ha anticipado a esta cruzada que se ha emprendido en Chile, últimamente, para exaltar la memoria del prócer chileno, figura de poderoso relieve en nuestra historia. La idea del autor de dedicar el libro a los niños de la lejana ciudad austral demuestra una viva preocupación por la preparación del carácter de los niños en el conocimiento de las grandes figuras del pasado.

Un discurso de Eugenio Orrego Vicuña

<https://doi.org/10.29393/At180-20DERA10020>

En la ceremonia de la entrega del Premio Municipal a los autores agraciados: los señores Juan Modesto Castro, premio de novela, Angel Cruchaga Santa María, de poesía y Eugenio Orrego Vicuña de Teatro, este último pronunció a nombre de los premiados el discurso que damos a continuación:

Señor Alcalde,
Señores de la I. Municipalidad.

Cumpliendo un deber de cortesía y de gratitud, debo comenzar por manifestaros que me siento muy honrado con el

Premio Municipal de Teatro, correspondiente a 1939, que me habéis otorgado, mediante el unánime fallo del jurado oficial.

Podría añadir que ese premio es tanto más honroso cuanto constituye, con los de poesía y novela, el único estímulo que actualmente proporcionan las autoridades a los escritores chilenos. En nuestro país no hay otro estímulo oficial para los que viven de su pluma y de ese difícil ejercicio de pensar, tan raro en todas partes, que los premios anuales establecidos por esta ilustre corporación.

Voy a aprovechar la oportunidad que me brindáis, grata y solemne a un tiempo, para formular algunas observaciones sobre el abandono en que se encuentran en Chile los escritores, contrastando con la protección que en otros países se les dispensa.

Consideremos, primeramente, que a los hombres de letras y a los que viven en general de su pensamiento, el Estado les debe asistencia social y estímulo bien organizado y entendido, a fin de aprovechar sus capacidades al máximo, en beneficio de la nación y de la sociedad, de la cultura y del progreso colectivo.

Esa asistencia del Estado se halla organizada vastamente en Suecia, Noruega, Dinamarca, Rusia, Alemania, Italia y Portugal, y alcanza en Francia cierta ordenación apreciable, si bien incompleta.

Tanto en los países nórdicos, en donde existe una cultura democrática superior, como en los estados totalitarios, hay clubs de escritores, academias fuertemente subvencionadas, casas de reposo en el campo, junto al mar y en la montaña y pensiones vitalicias, dentro del orden social, fuera de premios generales, locales y hasta universales, como el Nobel.

En Francia, que fué el primero de los países europeos que se interesó seriamente en la protección de sus valores intelectuales y científicos, existen, solo en el dominio teatral, cuatro grandes teatros del Estado, cuyos actores tienen el carácter de empleados públicos y en cuyos escenarios se representan casi exclusivamente obras de autores franceses.

En América se advierte alguna protección y hay que señalar con elogio el caso de la República Argentina, en donde el segundo teatro de Buenos Aires—el Cervantes—es sala oficial, y en ella sólo se representan obras argentinas. Funciona también en la metrópoli rioplatense una Comisión Protectora de Bibliotecas, que adquiere reglamentariamente varios centenares de ejemplares de cada obra de algún interés que publican los intelectuales argentinos. Vale decir, que a los jóvenes, a los que allí comienzan su carrera sin otro patrimonio que el de su capacidad ni otra credencial que sus talentos, les está abierto desde temprano el camino del éxito. Los que por experiencia saben cuanto cuesta surgir y que de obstáculos cierran el camino de los artistas verdaderos, pueden apreciar mejor esa política generosa.

Volvamos los ojos a Chile y examinemos someramente nuestro medio.

¿Qué protección dispensa el Estado a los intelectuales en general, a los artistas, a los escritores, a los hombres de ciencia? Ninguna.

¿Qué premios existen de carácter propiamente fiscal? Ninguno.

¿Qué proyecto ha sido elaborado oficialmente en su favor? Ninguno que yo sepa.

Y esto ocurría ayer y sigue ocurriendo hoy, y hasta es probable que sea lo mismo mañana.

¿Puede extrañarnos, entonces, que el destino de los escritores sin fortuna personal tenga por horizonte la miseria a lo largo de sus vidas, y la cama de hospital en la hora última? Tal fué el epílogo de poetas tan insignes como Carlos Pezoa Véliz y Juan Antonio González. Y eso, cuando no concluyen, como Domingo Gómez Rojas, entre las rejas de una cárcel.

Los intelectuales se hallan sometidos a la explotación general. Sus obras, si se venden, les dejan escasa utilidad; si se representan, luchan difícilmente con la competencia del teatro y del cinema extranjero. El público no los favorece sino a regañadien-

tes —porque estima, o le han enseñado a estimar, que lo nacional no puede ser bueno—y los empresarios les ofrecen salario de hambre. ¿Sabéis vosotros, por ejemplo, que hay reporteros de periódicos santiaguinos que ganan cien o ciento cincuenta pesos al mes?

En el camino de la subestimación se ha ido todo lo lejos que nuestra incultura general permitía. Y hemos llegado a crear un proletariado intelectual que vive en condiciones aun más duras que el proletariado obrero, al menos en lo que se relaciona con los escritores y periodistas que inician su camino.

Y esto no debe continuar.

Yo hago un llamado a los hombres de todos los partidos y de todas las tendencias sociales y políticas, que en este recinto tienen voz, para que se preocupen del problema formulado y busquen soluciones y las inspiren a los que gobiernan al país o las establezcan en la medida en que el gobierno local pueda permitirlo.

Todo cuanto hagáis en este sentido, señores regidores, será servir a la patria, porque no cabe medio más eficaz de servirla, a mi entender, que el de procurar la formación de una élite intelectual digna y capaz. En verdad sólo merecen triunfar, sólo son dignos de vivir, los pueblos que respetan su propia inteligencia, que la estimulan en sus hijos y la honran en los grandes valores nacionales.